

ACTO CUARTO.

CUADRO SEXTO.

Un gran salon bajo que comunica con el jardin, cuyos árboles se ven á través de las ventanas del fondo. Óyese música dentro, que toca aires del país sin intermision hasta la escena octava. Puertas laterales. Á la derecha una mesa preparada para firmar el contrato, y sobre ella una lámpara. Á la izquierda un canapé y sillas, ordenadas como para una ceremonia: candelabros encendidos sobre las consolas.

ESCENA PRIMERA.

D. RICARDO, vestido de etiqueta: FABIAN.

Ricard (Entrando.) Está todo preparado, ¿no es verdad? La mesa aquí; ¡bien! Y las butacas para las señoras... ¡muy bien! ¿Ha llegado el notario?

Fabian Sí, señor; se pasea allí con don Luis.

Ricard ¡Bien! ¡Bravo!... ¡Ah! Fabian, dé usted de beber á toda esa gente hourada hasta que se pongan todos á medios pelos, y á los músicos, especialmente, hasta que cada uno empiece á tocar una cosa distinta. (Frotándose las manos.) Será un concierto... sin concierto. Por lo de-

mas, ya sabe usted lo que se ha dispuesto: á las nueve en punto se firma el contrato, y en el mismo instante los fuegos artificiales...

FAB. Pero señor, he reflexionado una cosa: si don Pedro pregunta y quiere informarse de lo que pasa...

RIC. Pues qué, ¿don Pedro oye? (Bajando la voz.)

FAB. Oye poco; pero si se mete mucho ruido...

RIC. ¡Ah! ¡diantre!... Pues entónces suprima usted los cohetes. ¡Ah! Fabian, cuando bajen las señoras deje usted entrar una comision que parece han nombrado los habitantes de la aldea para felicitarnos; pero que entren las mujeres solamente, ¿entiende usted? ¿Qué necesidad tenemos aquí de contemplar las salvajes figuras del sexo feo? Las mujeres únicamente, y las más jóvenes. En una fiesta es preciso que todo sea gracioso, Fabian.

FAB. ¡Señor!

RIC. Conque nada de cohetes; es cosa convenida.

FAB. Está bien, señor. (Al retirarse Fabian entra Luisa.)

ESCENA II.

LUISA, D. RICARDO.

RIC. ¡Ah! ¡diantre! (Tararea procurando evadirse.)

LUISA. ¡Al fin, caballero, logro encontrar á usted solo!

RIC. ¡Ah! ¿es usted, Luisa? ¿Qué tal? Hé aquí una noche bastante... una noche que... ¿no es cierto?

LUISA. Que corona sus proyectos de usted y su perfidia, ¿no es verdad?

RIC. ¡Ah! ¡por favor, Luisita, no turbe usted mi tranquilidad; necesito estar sereno, muy sereno, serenísimo! Si usted pudiera leer en mi corazón!

LUISA. ¿Cómo! ¿todavía dura esa chanza? ¡Usted pretende hacerme creer aún, en estas circunstancias...

RIC. ¡Pero, Luisita, usted se muestra conmigo injusta, terriblemente injusta!... ¿Qué ha pasado? Usted lo sabe lo-

mismo que yo... Antes de haber yo sentido una inclinación... que no olvidaré nunca... me había comprometido temerariamente por otro lado... Ahora me han puesto entre la espada y la pared, y...

LUISA. Sí, usted se sacrifica, lo comprendo.

ESCENA III.

DICHOS, LUIS, por el fondo.

LUIS. Don Ricardo, el notario desea una breve conferencia con usted.

RIC. (Apresuradamente.) Bien, gracias, voy al momento, voy... (A Luisa.) Siempre cruel... (Vase.)

ESCENA IV.

D. LUIS, LUISA.

LUISA. ¡Ah, don Luis, cuánto debe usted maldecirme en este momento! (D. Luis hace un movimiento para retirarse y no responde.) ¡Y usted no ha dicho nada para acusarme cuando tan bien podía hacerlo!... ¡Ah! ¡me sería tan grata una palabra bondadosa de usted!

LUIS. (Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.) La compadezco á usted y la perdono.

LUISA. Gracias. (Doña Elena, Margarita y Doña Trinidad, con ricos vestidos y tocados, entran por el fondo. D. Luis las saluda y permanece á un lado. Fabian en el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, FABIAN.

ELENA. No veo al doctor Gonzalez. (A Fabian.) ¿No ha venido?

FAB. Si señora: pero ha entrado primero en el cuarto del amo.

1040
Parado

ELENA. ¡Ah! muy bien. (Se dirigen hacia los asientos que les tienen preparados.)

LUISA. (A Margarita cuando pasa por su lado.) Señorita, se le va á caer á usted esta flor. (Margarita se detiene y Luisa, mientras le arregla el tocado, la dice con emoción.) Señorita, nos habíamos engañado. Don Luis tiene una hermana, acabo de saberlo... y seguramente al dote de su hermana era al que se refería en aquella carta.

MARG. (Lanzándola una mirada terrible.) ¡Hubiera usted debido matarme ántes que engañarme... hubiera sido ménos duro para mí, más generoso de su parte!

LUISA. Yo tambien me engañé.

MARG. Usted le amaba. (Con violencia reprimida.) Sí... no lo niegue usted... es su única disculpa.

LUISA. Todavía sería tiempo...

MARG. ¡Tiempo todavía! ¡Y su palabra! y la mía!... ¡Ah! nosotros sabemos cumplir lo que ofrecemos... ¡Él... y yo! (La deja y va á ocupar su sitio al lado de su madre.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. RICARDO, el NOTARIO.

RIC. (Al Notario.) Perfectamente, amigo mio; usted es un notario... notable. Entre usted... Ahí fuera se encuentra una comision... rústica, que desea ser admitida á felicitar á ustedes, es decir, á felicitarnos á nosotros...

ELENA. Pues que entre.

RIC. Fabian, que entren esos aldeanos... es decir, las aldeanas solamente, y las más jóvenes. En una fiesta todo debe ser agradable.

ESCENA VII.

DICHOS, ménos FABIAN, CRISTINA, con algunas otras jóvenes en traje vascongado, COSME, aldeano viejo con aire asimplado, viene en medio de todas.

RIC. (Reparando en Cosme.) ¡Calla! ¿No he dicho que las

- mujeres solamente?... ¿Quién es ese majadero? ... ¿Qué es lo que tú vienes á hacer aquí? vamos á ver.
- COSME. ¿Yo? estoy con estas doncellitas...
- RIC. ¡Ya, ya lo veo! ¿Que estás con estas doncellitas!... Y eso es precisamente lo que me disgusta... Pero tú no eres una doncellita, ¿no es verdad?
- COSME. ¡Ah! ¡no señor!
- RIC. ¡Ah! ¡no señor!... Pues vete de aquí... Cuidado que es estúpido este aldeano.
- COSME. Es que yo soy el maestro de escuela del lugar: yo he compuesto el discurso y venía por si les faltaba la memoria.
- RIC. ¡Ah! es el apuntador, el pájaro Pinto... Eso es otra cosa. Que entre. Señoras, es el apuntador... ¿Y cuál es el orador de la graciosa cuadrilla?
- COSME. (Señalando á Cristina.) Esta, señor.
- RIC. ¡Ah! la del perrito, la conozco... Adelante, hija mia; yo mismo te presentaré á estas señoras. (Mientras la lleve de la mano hácia la izquierda.) Y es bonita de veras esta niña .. y en creciendo un poco... (Con galanteria.) ¿Cómo te llamas, hija mia? no me acuerdo...
- CRIST. Cristina, señor.
- RIC. ¡Ah! sí. ¿Y vives cerca de aquí?
- CRIST. Junto al molino, sí señor.
- RIC. Sí, sí; muy bien. (Cristina se detiene delante de Margarita, Cosme se coloca detrás de Cristina, el grupo de aldeanos algo detrás.)
- COSME. (Á Cristina.) ¡Anda, viva!
- CRIST. ¿Empiezo ya?
- COSME. Si, anda... (Apuntando.) «Señorita...»
- CRIST. (Recitando muy turbada.) «Señorita: los antiguos, en esta hermosa fiesta de himeneo, tenían la ingeniosa costumbre de encender una antorcha...» (Se detiene.)
- COSME. (Apuntando.) «Simbólica...»
- CRIST. «Simbólica... Esta antorcha simbólica... señorita...»
- COSME. (Apuntando.) «Dos veces simbólica...»
- CRIST. (Volviéndose á él.) ¡Pero si ya lo he dicho dos veces!

- COSME. ¡Tontuela!
- CRIST. ¿Y qué? yo no me acuerdo de más, yo no sé más; señorita, disimule usted. Pero lo que sí la sabré decir de corrido y sin equivocarme, es que la queremos todos mucho, y que de todo corazón pedimos á Dios que sea feliz con su prometido.
- RIC. (Riendo.) ¡Brava! ¡Brava!
- MARG. Bien, hija mia, bien, gracias.
- CRIST. (Señalando á D. Luis con curiosidad.) ¿Es este el señor novio?
- MARG. No, hija mia.
- CRIST. (Señalando á D. Ricardo.) Entonces es este otro.
- MARG. Sí.
- CRIST. ¡Ah! ¡qué lástima!
- RIC. (Esforzándose por reír.) ¡Ah! ¡qué chistosa! ¡qué... sinceridad silvestre!
- ELENA. Venid todas á buscarme mañana temprano.
- COSME. (En coro con las aldeanas.) Sí señora.
- RIC. Eso es; venid mañana temprano todas á buscarme... es decir á buscar á esta señora. (Las aldeanas se retiran al fondo.) Y ahora el notario aquí, perfectamente. (Apenas se ha sentido el Notario se oye ruido fuera.) Y bien, ¿qué sucede? (El Doctor Gonzalez se presenta en el fondo. Ricardo corre á su encuentro, Doña Elena se levanta.)
- ### ESCENA VIII.
- DICHOS, el DOCTOR GONZALEZ.
- ELENA. ¿Qué es lo que pasa? por Dios, señores.
- RIC. (Después de haber cambiado algunas palabras en voz baja con el Doctor.) Dios mio, señora, no hay que asustarse; pero en fin, su padre político de usted... está peor...
- ELENA. ¿Está peor?
- DOCT. Sí señora; se halla afectado de una grande agitacion nerviosa... y este síntoma, en su mucha edad y con la enfermedad que le aqueja, es siempre grave.

ELENA. ¡Ah! ¡Dios mio! Corro á su lado... Margarita, hija mia, vamos pronto... ¡Ah! (Las aldeanas, que habian quedado en el fondo, se apartan con un movimiento de terror. D. Pedro Novoa aparece pálido, andando con paso vacilante y siniestro; se detiene y se apoya en los arcos de la puerta. Fabian le sigue. Doña Elena, su hija y el Doctor se aproximan al anciano.)

ESCENA IX.

DICHOS, NOVOA, FABIAN.

DOCT. (En voz baja.) (Pero Fabian, usted le ha dejado...
 FAB. El amo ha querido salir... no he podido impedirselo...
 MARG. Padre mio, ¿me conoce usted? (Novoa hace con la cabeza una señal grave y afectuosa.) ¿Quiere usted tomar mi brazo? (El anciano rehusa.) ¿Está usted cansado? ¿Quiere usted descansar? (Novoa indica que sí)
 DOCT. Bien; pues acerquen ustedes ese sillón y cierren esas ventanas.. Señor de Novoa, usted se encuentra aquí mejor; se respira un ambiente más puro. (Novoa, despues de una débil señal con la cabeza se sienta en el sillón.) Mientras que él se encuentre bien aquí es preciso dejarle... En cuanto á ustedes, señoras, harían bien en retirarse. Está más tranquilo ahora, no hay peligro por el momento y deben ustedes reservar sus fuerzas... Temo que tengan muy pronto necesidad de ellas.
 ELENA. ¡Oh! nosotras no podemos dejarle ahora. Iremos solamente á cambiar de traje, á despojarnos de estos adornos que forman un contraste demasiado cruel con la situacion del enfermo, y volvemos en seguida.
 DOCT. Bueno, pues vayan ustedes, que don Luis y yo velaremos entre tanto.
 LUIS. ¡Con la mejor voluntad!
 RIC. ¡Oh! yo me ofrezco igualmente. (¡Diantre de contra-tiempo!)
 DOCT. Despues, caballero, despues. Ahora no es necesaria mucha gente... Hay que evitar el ruido... Vea usted...

se ha dormido... (D. Ricardo se va por el fondo; las señoras y Fabian por la derecha, las aldeanas y Cosme por donde vinieron)

ESCENA X.

NOVOA reclinado y dormido en el sillón; D. LUIS, el DOCTOR GONZALEZ. El salón sin más luz que la lámpara que está sobre la mesa. Fabian se ha llevado los candelábricos.

LUIS. ¿Y bien, Doctor?
 DOCT. Es que llega el fin de su larga existencia; la lucha de la vida con la muerte puede durar bastante, sin embargo.
 LUIS. ¿Y no se puede hacer nada?
 DOCT. ¡Nada! únicamente se le puede dar alguna pocion calmante... Voy á dejar á usted un momento para prepararla yo mismo.
 LUIS. Sí, vaya usted...
 DOCT. Si vuelven las señoras, ahí estoy.
 LUIS. Bien. (Váse el Doctor por la izquierda.)

ESCENA XI.

NOVOA, D. LUIS.

LUIS. ¡Este desgraciado! (Mirando al anciano dormido.) A pesar de todo está arrepentido... ¡Ha sufrido, ha expiado su falta! ¡Y es á mí á quien la Providencia encarga de velar su último sueño... ¡Incomprensible destino! ¡Oh! y yo le envidio ese sueño... Este dia me ha quebrantado el alma y el cuerpo; cuán cansado y cuán desalentado estoy! (Se sienta junto á la mesa, y apoya su cabeza en la mano; la luz de la lámpara alumbrá su rostro. Novoa se despierta, su mirada extraviada se detiene en la fisonomía de Luis y parece sobrecogido de admiracion y de terror. Levántase con esfuerzo. Luis espantado se levanta al mismo tiempo. Ábrese la puerta del fondo. Margarita aparece, y al ver á su abuelo se detiene con asombro al principio y luego con espanto.)

ESCENA XII.

DICHOS, MARGARITA, en el fondo.

- NOVOA. (Con voz suplicante.) Señor marqués, perdon, perdon.
LUIS. ¡Cielos! (Luis helado de espanto permanece inmóvil.)
NOVOA. ¡Señor marqués, perdon! (Dando dos pasos hacia Luis con la solemnidad de un espectro.)
MARG. (Con terror.) ¡Dios mío! ¿qué dice?
LUIS. (Comprendiendo de repente, se adelanta hacia el anciano, y deteniéndose delante de él, extiende la mano sobre su cabeza.) ¡Descansa ya, Novoa, yo te perdono! (El rostro de Novoa expresa al momento una grande alegría, vacila y Luis le detiene.)
MARG. (Acercándose á Luis.) Don Luis, ¿qué significa esto? Hable usted por favor... ¿usted conoce algun secreto terrible?
LUIS. ¿Yo? Ninguno. Me presto á su delirio, hé aquí todo.
MARG. Padre mio... padre del alma, hable usted, hable usted todavía, se lo suplico... usted tiene alguna idea, algun recuerdo que le atormenta... ¿No es esto, no es esto, padre mio? ¡Hable usted en nombre del cielo! en nombre del Dios de las misericordias. (El anciano entresbre los labios como para hablar. Margarita escucha con angustiosa ansiedad, pero de repente Novoa extiende los brazos, exhala un profundo suspiro y cae sin movimiento en el sillón.)
MARG. ¡Ah! ¡madre mia! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR, que llega apresuradamente.

- DOCT. (Poniendo la mano sobre el corazón del anciano.) ¡Ore usted, señorita!

FIN DEL ACTO CUARTO Y CUADRO SEXTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉTIMO.

La misma decoración que el anterior. En medio del salon una mesa; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, D. RICARDO en pie cerca de la mesa, alrededor de la cual están sentados D. IGNACIO, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

- IGNAC. ¿No cree usted á propósito, señora, convocar aqui á los criados de la casa?
ELENA. Si es necesario...
IGNAC. Necesario, no, señora.
ELENA. Pues entónces prefiero que permanezcamos solos los que estamos aquí.
IGNAC. Como usted guste. (Dirigiéndose á Doña Elena y á Margarita.) Cuando hace ocho dias me enviaron ustedes un expreso á Tolosa, donde aún me hallaba, anunciándome la pérdida que acababan de sufrir, é invitándome á venir á su lado, yo me apresuré á complacerlas; una vez